

muerto sobre treinta y dos ó treinta y cinco individuos; así que, multiplicando por treinta y dos ó treinta y cinco el número de los muertos en cualquier país de Europa, tendríamos con bastante puntualidad el total de la población. En París y en todas las ciudades populosas, es mayor la mortandad que en las villas, lugares y aldeas.

Los meses de marzo y abril, que ven nacer mayor número de individuos, son también los que ofrecen más fenecidos. Los necesitados multiplican en todos tiempos mucho más que los pudientes, pero también mueren en mayor número, de resultas de las amargas privaciones que experimentan. La vida media actual es en el día más larga que en los siglos anteriores, en cuyo tiempo eran más contados los regalos del bien estar; pues las clases medianas disfrutaban actualmente, gracias á los progresos de la civilización y de los gobiernos más ilustrados, muchas ventajas reservadas en otro tiempo á la sola clase opulenta. También perecen en las ciudades más hombres que mujeres, al paso que en el campo mueren más de estas que de aquellos. Entre el sexo masculino excede la mortandad á la del femenino hasta la edad de veinte y cinco años; pero desde esta hasta los cincuenta, es mayor entre las mujeres, á causa de los riesgos y sinsabores de la reproducción; pasada esta época, es más tenaz la vida en las mujeres que en los hombres, y de ahí es que se ven más mujeres viejas que hombres ancianos.

El principio de la primavera y el fin del otoño son las épocas del año más mortíferas, á causa de

los destemples repentinos. La época de los equinoccios es muy fatal; los solsticios son menos espuestos (1). En Asia y bajo los trópicos, donde no hay más que dos estaciones, los meses más mortíferos son aquellos en que estas varían; y ha sido notado que en estas épocas suelen ser muy frecuentes las muertes repentinas (2).

Parece también que ciertas edades comprometen más que otras la existencia de los individuos; pues las revoluciones que padece el temperamento individual arriesgan la vida: tales son la edad de la primera dentición, á los dos años; la de la segunda, á los siete; la pubertad, hácia los catorce; la erupción del pelo de la barba y la formación completa del cuerpo, á los veinte y un años; la época de la fuerza, á los veinte y ocho ó treinta y cinco años; el principio del decaimiento, á los cuarenta y dos; la

(1) En París es mayor la mortandad en la primavera que en las demás estaciones; el invierno es más insalubre que el otoño; el verano es en nuestros climas la estación más saludable; en efecto, la mayor mortandad ocurre en marzo y abril, y la menor en julio; la diferencia entre estos dos meses es como 11 á 16. En Nápoles la mortandad mayor se nota en enero, febrero y agosto, y la menor en abril, julio y noviembre.

(2) Las nevroses son en nuestros climas más mortales en otoño que en otra estación alguna; las enfermedades crónicas, las fluxiones, las inflamaciones y catarros producen mayor mortandad en invierno y primavera; esta última estación es más fatal que las otras á las hemorragias y al flujo; y el verano y el otoño á las enfermedades eruptivas, etc. Los más de los tísicos fenecen en la primavera. Así es que los meses más mortíferos son marzo, abril y mayo; los más salubres son agosto, julio, septiembre, según Buffon y Dupré de San Mauro.

cesacion del menstuo, la pérdida de las facultades jeneratrices en la mayor parte de los hombres, á los sesenta ó sesenta y cinco años : todas estas épocas ofrecen mas casos de enfermedades y muertes que los otros años, porque en las mismas se establece en el cuerpo un nuevo equilibrio. Sobre esta observacion fundaron los antiguos la teoría de sus años climatéricos, septenarios y novenarios, que á pesar de eso no ofrecen muy grave riesgo. Los años verdaderamente críticos para los ancianos son los que median desde setenta hasta setenta y cinco; pues, pasada esta edad, lejos de menguar, aumenta la probabilidad de la vida.

Sobre mil infantes, perecen unos veinte y tres que apenas vieron la luz del dia; la denticion arrebatada despues cincuenta; las convulsiones, las lombrices, los cólicos de la edad primera, matan mas de la cuarta parte de dicho número, ó doscientos setenta y siete: la mitad de estos son víctimas del ambiente frio y húmedo de los campos; las viruelas arrebataban en otro tiempo ochenta; el sarampion lleva siete al sepulcro; los abortos causan la muerte á unas ocho mujeres; la vida media de los niños que no han llegado á la edad de un año es de treinta y dos años y tres meses; pasado el primer año, la probabilidad de la vida asciende á cuarenta y un años y nueve meses. La mortandad es menor entre los diez y los veinte años. La tisis y el asma arrebatan en Inglaterra cerca del quinto de la poblacion, ó ciento noventa y uno sobre mil (1). Las enferme-

(1) La tisis arrebatada casi la quinta parte de los moribundos,

dades inflamatorias matan mas del séptimo de la poblacion, ó ciento y cincuenta sobre mil. Graunt cree que las calenturas agudas destruyen dos novenos de la poblacion, y las enfermedades crónicas  $\frac{70}{120}$ . Por último, en edad mas avanzada, la hidropesía arrebatada cuarenta y una personas, y la apoplejía con la parálisis una docena: así pues, de mil personas, solo quedan setenta y ocho que alcanzan una edad dilatada. Fuera de esto, cada pais tiene sus plagas que apocan las probabilidades de la vida; el escorbuto y achaques del pecho son harto comunes en el norte, especialmente en la estirpe blanca; en los paises meridionales, reinan las calenturas biliosas y el cólera-morbo; en los trópicos, las ardientes hacen estragos en la estacion calurosa, y no los hacen menores las disenterias en la estacion de las lluvias; por último, la peste asuela el Egipto, la Siria y la Turquía; la fiebre amarilla despuebla la América; el tétano todos los climas cálidos, etc.

La naturaleza del suelo produce otras causas de destruccion: así es que los paises pantanosos provocan calenturas intermitentes de carácter maligno y fie-

segun observaron Sydenham y otros médicos mas modernos. Los Europeos que pasan á los climas intertropicales son menos propensos á esta enfermedad; pero no por eso se libran de ella los negros y mulatos; los Malayos no se ven de ella tan exentos como los Europeos; pero estos últimos suelen padecerla con harta frecuencia entre los 45 y 60 grados de latitud boreal, aunque, segun dicen, es apenas conocida en Rusia, hácia el círculo polar. En los paises cálidos, los Europeos son mas propensos á las enfermedades del hígado, á las calenturas gástricas, á las disenterias, etc.

bres perniciosísimas. Muchas veces mueren mas labriegos que ciudadanos, mas seglares que cenobitas y mas hombres que mujeres, porque los primeros se esponen mas que los segundos á la intemperie. El estado ú profesion de los individuos influye tambien en su salud. Y de ahí es que todos los picapedreros, marmolistas, yeseros y peluqueros, que viven en medio del polvo, propenden á la tisis; los artifices que trabajan el plomo, el cobre, el arsénico, etc., los químicos y otros, estan mas espuestos á las dolencias y á la muerte que la jeneralidad de los hombres. En Europa, el número de enfermos y achacosos forma la vijésima parte de la poblacion, y de esta suma perece mensualmente uno sobre diez y nueve.

Es evidente que la mortandad es mucho mayor en las ciudades que en las campiñas, y que estas reponen la poblacion que aquellas esterminan. Calculando en unos novecientos millones los moradores que pueblan este globo, y suponiendo que sobre  $29\frac{1}{2}$  nazca un individuo, y que perezca otro sobre 33, tendrémos al menos un nacimiento y una muerte por cada segundo de tiempo; mas de sesenta nacimientos y sesenta muertes por minuto, ó de tres á cuatro mil de ambos cada hora: de esta suerte se atropellan sin cesar durante el curso de los siglos las pasajeras olas de la humana especie (1).

(1) Segun cálculo moderado del número de hombres derramados sobre la faz de la tierra, resultan por aproximacion unos 632 millones; de estos la Europa presenta 172 millones, el Asia 330, el Africa 70, la América 40, y las tierras austra-

Las causas principales que dilatan ó acortan la vida de los hombres son seis: 1.º las rejiones y el suelo; 2.º los linajes y los troncos humanos; 3.º las complexiones y estaturas; 4.º los tiempos del medro ú crecimiento, y los de la jestacion en el seno materno; 5.º el jénero de vida, los ejercicios y el réjimen; 6.º las pasiones, las tareas, los accidentes, etc.

En primer lugar, los países frios (1) y secos son los mas favorables á la duracion de la vida, porque las rejiones frias y áridas son las que cuentan mayor número de ancianos y centenarios. La sequedad es tambien la causa principal de la dilatada vida de los Árabes, Etiópes, etc.; al paso que las rejiones pantanosas y cuajadas de húmedas nieblas, tales como la Holanda, ofrecen pocos ancianos de edad avanzada: las ásperas montañas de Suiza, de los Alpes, del Delfinado, de la Saboya, de la Auvernia, de los Apeninos y del Tirol; las islas del Archipiélago griego, las Órcadas, las Hébridas, las Terceras, las Canarias, los montes de Siria, del Cáucaso, de

les unos 2 millones. Si damos crédito á las investigaciones de Malthus (*Essai sur le principe de la population*, Ginebra, 1809, en 8º, 3 vol.), el número de hombres vá creciendo con tan espantosa rapidez, que es de prever que andando el tiempo deberá la especie perecer de hambre; puesto que, segun dicho autor, las sustancias solo se reproducen en proporcion aritmética, y los hombres en proporcion jeométrica. Sin embargo, todos estos cálculos nos parecen erróneos.

(1) Los árboles que en las rejiones septentrionales no son aun viejos á los ciento y cincuenta años, son ya decrépitos, ó estan próximos á morir á los ciento en las rejiones meridionales.

Abisinia (1), del Imao, el páramo de la gran Tartaria, las montañas del Tibet, las cordilleras de los Andes, crían linajes vigorosos de hombres sobrios y robustos, que alcanzan á menudo una edad muy avanzada, sin perder casi su pujante lozanía; porque el ambiente es puro, seco y penetrante en la mayor parte de aquellas rejiones. Los temples medios que mantienen el equilibrio de la salud son por esta causa los mas propicios á la duracion de la vida y á la fecundidad. Los suelos estériles son mas favorables que los fértiles á la lonjevidad, y las islas y costas espuestas á los vientos lo son aun mas que el centro de los continentes, en donde el aire permanece inmóvil ó estancado. No obstante, las estaciones calurosas son en los climas frios mas sanas que los destemples helados (2); pues los inviernos son jeneralmente peligrosos para la vejez.

En segundo lugar, hay estirpes humanas que, adquiriendo la pubertad desde muy temprano, como la calmuca ó mogola, y la malaya, producen individuos de vida mas corta que la nuestra; y otro tanto puede decirse de la casta negra, que por lo mismo que es púber antes que la blanca, y abusa mas que nosotros del deleite sensual, ya sea á causa

(1) Los Macrobios de la Nubia que, segun refieren, vivian ciento y veinte años, se maravillaban de que los Persas de Cambises no viviesen mas que la mitad de este tiempo: quizás contaban aquellos pueblos por estaciones ó años de seis meses (porque el año entre los trópicos tiene dos estaciones). Aquellas jentes se sustentaban, bien así como la mayor parte de los negros, de leche y carne seca.

(2) Sauvages, *Prognosis med. ex necrolog. cruenta.*

de su complexion voluptuosa, ya sea efecto del ardor de los climas intertropicales, envejece mucho antes que nosotros. La constitucion de los Hotentotes se aja tambien en edad muy temprana, segun asegura Barrow. Los pueblos de Guinea, que viven en un clima húmedo y mal sano, no traspasan jeneralmente la edad de cincuenta años; y otro tanto puede decirse de los del Congo, Mozambique y Zangüebar (1). La estirpe europea es una de las mas vividoras, especialmente en el norte, como en Suecia, Rusia, Polonia, Noruega y Escocia, porque los hombres adquieren muy tarde la pubertad. Por otra parte, nótanse ciertos linajes, entre los cuales es hereditaria la ancianidad, al paso que los hay dotados de escasa vida. Toaldo asegura que, en igualdad de circunstancias, es mayor la mortandad entre los cristianos que entre los judíos.

Así como son hereditarias muchas enfermedades, eslo tambien la lonjevidad entre diversas naciones. Tambien es cierto que los individuos nacidos de padres ancianos ó acosados de dolencias, viven menos tiempo, y les cabe menos pujanza que á los nacidos de padres jóvenes y robustos. Los que abusaron de los placeres del amor, especialmente durante su mocedad, los hombres dados al vino, enjendran hijos endebles, menguados y de escasa vida. Así que, los estados que quieren contar con hombres robustos y capaces de servir á su patria, deben ante todo celar la observancia de las costumbres: y hé

(1) Lapeyre, *Mem. soc. medec.*, 1777-78, *Hist.*, páj. 318; Bosman, *Descript. Congo*, carta 8; Adamson, *Senegal*, etc.

aquí porque van menguando y postrándose las generaciones al paso que se estragan aquellas.

En tercer lugar, los temperamentos húmedos, como los flegmáticos, que requieren mas tiempo para crecer y medrar, y que son púberes mas tarde que los biliosos y melancólicos, viven ordinariamente mas tiempo. Así es que los niños flojos, indolentes y débiles, cuyo medro ú crecimiento es mas tardío, alcanzan por lo comun una edad muy avanzada, cuando los que estan dotados de índole fogosa y disparada y de ingenio muy temprano (como la mayor parte de los niños raquícos) alcanzan apenas la edad varonil: en esto se funda el antiguo refran: *Este niño no ha de hombrear, su agudeza lo mata.* Cuando estos portentos asomantes no perecen al principio de su carrera, no producen por lo comun mas que necios ó mentecatos, como sucedió con el retórico Hermógenes, que, á los diez y ocho años, pasmó á todo el mundo con su ingenio y sus conocimientos, y que no hizo mas que desatinar desde los treinta años hasta el término de su dilatada vida; lo que ocasionó el que de él se dijese que habia vivido al revés, siendo niño al fin de su carrera, y hombre al asomar al mundo. Guárdense los padres de instruir anticipadamente á sus hijos, porque atropellando su talento, acortan su existencia, desviando hácia el cerebro la pujanza vital destinada á todo el ámbito del cuerpo.

Si la estatura muy alta y endeble es contraria á la duracion de la vida, no lo es menos la achaparrada y rechoncha. Con todo, un cuerpo mas bien reco-

jido que alto, mas bien enjuto que sobrado grueso, mas bien musculoso y recio que endeble y flojo, y un pecho ancho, son mas adecuados para la duracion de la vida que las complexiones opuestas (1). La estructura de los órganos del hombre es mas blanda que la de los animales, y este es el motivo porque puede vivir mas largo tiempo.

En cuarto lugar, los individuos que nacieron antes del término ordinario viven jeneralmente menos tiempo que los que asoman al mundo despues de nueve meses cabales, ó aun mas. Aquellos, cuyo medro es lento y graduado, son tambien mas vividores que los que crecen en breve tiempo. Parece asimismo que los que fueron criados por su propia madre durante largo espacio viven por lo comun mas tiempo que los que lo fueron por amas mercenarias, ó los desmamados en edad muy temprana.

En quinto lugar, la vida activa, aunque no sobrado penosa; el movimiento habitual del cuerpo, con especialidad al ambiente despejado, y un jénero de vida violento, austero, sobrio, y aun escaso y algo irregular, contribuyen mas que otra cosa alguna á dilatar la existencia. Hase notado que en Francia viven menos los viñadores que los pobres labriegos, los pastores y hortelanos, cuya vida es

(1) Las personas de pecho angosto son menos propensas á las calenturas tifoideas, pero son mas inclinadas á la tisis.

Los jorobados mueren con mas frecuencia de las enfermedades del pecho que de apoplejía; sus venas yugulares facilitan el paso de la sangre de la cabeza; con todo suelen padecer vehementes dolores de cabeza.

uniforme y ajena de toda clase de excesos. El régimen vegetal, el servicio militar, la vida rústica, los viajes, la caza y la pesca son muy favorables á la prolongacion de la existencia. Los mas de los centenarios fueron pobres labradores ó pegujaleros criados en el desamparo y en el trabajo, unas veces sobrios, y otras destemplados, mas á menudo castos que mujeriegos, casi siempre alegres é indiferentes, saliendo del dia sin ahorrar para mañana, abandonándose sin zozobra á la aventura, y recibiendo con igual indiferencia el quebranto y el logro, el hambre y la sed, el calor y el frio. Los cuerpos acostumbrados á un régimen de vida demasiadamente esmerado y regular no pueden orillarlos á su salvo, mientras que los temperamentos avezados á todo se avienen sin inconveniente á las mayores mudanzas. Los anacoretas y ermitaños, acostumbrados á una vida parca y escasa, suelen vivir mucho tiempo. Un apolojista del ayuno (1) cuenta que ciento cincuenta y dos anacoretas, tomados en diversos tiempos y paises, dieron once mil quinientos ochenta y nueve años de vida total, ó sean setenta y seis años tres meses y dias para cada uno de ellos. Igual número de académicos, mitad sabios y mitad literatos, produjeron diez mil quinientos y once años, lo que da sesenta y nueve años y mas de dos meses para cada uno: esta cuenta ó dato es ciertamente mas favorable que la que dan las demás clases de la sociedad, puesto que la duracion media de su vida es tan solo de treinta á cuarenta años; así es que en el

(1) *Journal de médec.*, tomo xxiii, páj. 340.

mundo vemos perecer y nacer anualmente un individuo sobre treinta ó cuarenta y cinco.

Por último, las sensaciones leves, el carácter jovial, la carencia de toda pasión fogosa, contribuyen á la longevidad, con la esperanza, el valor, la constancia, el orgullo, y aun el amor propio ú la vanidad; pero las pasiones violentas, como son la cólera y el odio, la envidia, la venganza, los celos, y los impulsos fatales ó melancólicos, como el terror, el pesar, el amor no correspondido, la desesperacion, la congoja, y las roedoras zozobras, ó los anhelos desenfrenados y sin cuento, acortan extraordinariamente los años. La blandura de carácter, la indiferencia, la variedad de gustos y complacencias, el buen humor sin doblez, el contento, dilatan la vida; así como el sueño fácil y sosegado y la vida contemplativa de los monjes y filósofos: igual efecto producen la templanza en los deleites sensuales, el agua pura por toda bebida, el lecho duro, el desvío de toda sensualidad, esto es, de todo lo que debilita el cuerpo y postra el ánimo, el ambiente frio y seco, el vestido tosco, las friegas de aceite en invierno, el uso moderado de los baños en verano, los alimentos frescos, astrinjentes, etc.

Las mujeres viven jeneralmente mas largo tiempo que los hombres, porque la blandura de sus fibras dejenara mas tarde en tirantez. Cuanto mas lentos son los períodos de la vida, mas duradera es esta; y de ahí es que la pubertad tardía, el pulso pausado, el espíritu perezoso, anuncian casi siempre la longevidad. Fontenelle decia que para disfrutar ca-

bal salud era preciso tener *buen estómago y mal corazón*, esto es, insensibilidad y despego. La entrañable sensibilidad, el desconsuelo, los pesares, desmoronan la existencia; el corazón blando y desalado, la imaginación ardiente, el alma ensimesmada, melancólica, impresionada en demasía por los quebrantos inseparables de la humanidad, acortan necesariamente los días. Así pues, la filosofía apacible y jovial es tan amiga de la vida como le son contrarias la filosofía austera de los estoicos, la zaheridora escolástica y el argumentista peripato. Por último, la mejor máxima para vivir largo tiempo es esta: *bene vivere et lætari*, vivir ajuiciada y esplazadamente. El ahinco que algunos clavan en su salud no es menos fatal que la destemplanza; evitemos siempre los extremos. Dejémosnos guiar por la próspera naturaleza y el instinto, en cuanto se avienen con las intimidades sociales. El que más sosegadamente ha vivido ha dado en el ito. La medianía, la apacibilidad jenial, el alimento sencillo, el carácter benévolo, el embeleso de la amistad, la paz del alma, son bienes inestimables y los más adecuados á nuestra naturaleza, como son los más provechosos para la duración de la vida.

## ARTICULO PRIMERO.

DE LA MUERTE Y EL SUICIDIO.

En balde pedimos dilatada vida, en balde confiamos consumir algunos días más sobre la tierra; el plazo se cumple; fuerza es fenecer un día. La muer-

te arrolla todas las naciones y recoge todos los pueblos.

¡Fuerza es fallecer! Este pensamiento roe las entrañas de los más de los hombres. El camino de la vida termina en tan melancólica perspectiva; y cuanto más nos acercamos á ella, agólpanse las zozobras y los quebrantos. La gloria, la nombradía, la fortuna, la hermosura, el deleite, la alegría; todo se empoza en la tumba. ¿Qué es pues la vida? un sueño.

Son tantos los hombres que fueron y que ya no son, tantos á quienes cabrá el vuelco en este abismo, la vida es tan breve, y tan dilatados los siglos, y por último, son tan desproporcionados é incalculables los acaecimientos que en este mundo nos asaltan, que no cabe afirmar proposición alguna acerca de un ente tan frágil y tan transitorio como el hombre.

Solo él preve la muerte, pues los animales, ajenos de este tormento, la padecen sin pesadumbre. Los hombres más idiotas, los salvajes más estúpidos y los niños casi nunca piensan en su inevitable paradero. El hombre, en su lozanía descollante, se jacta de menospreciar la muerte: la endebles de nuestro cuerpo en la ancianidad, la aterradora previsión de lo venidero, acibaran más y más la copa de la vida en nuestra hora postrera. La indiferencia, la relajación, nos roban la tremenda vista de nuestro fin; pero la muerte nos arrebatá á la tumba cada día, cada hora, cada minuto; y de todos los